

REBECA BAÑUELOS

VÉRTIGO
POR
PERDERME
EN TI



Vértigo por perderme en ti

Rebeca Bañuelos

Vértigo por perderme en ti

Texto: ©Rebeca Bañuelos

Corrección: Isabel del Río

Diseño de portada: Nune Martínez

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total y/o parcial de este libro, por cualquier medio, sin la previa autorización por escrito de los propietarios del copyright.

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con hechos reales, lugares o personas vivas o muertas, es mera coincidencia.

PRIMERA PARTE

Llegada a Galway

Cualquiera que se tropezara con ella en aquel tren, se hubiera dado cuenta de que sus ojos albergaban un gran conflicto interior. Con solo mirarla, se percatarían de que su cerebro trabajaba a demasiadas revoluciones en busca de una solución. Pero iba sola y nadie se perdió en sus pupilas, ni descubrió las motas verdes en el fondo color café de sus iris, ni le preguntó por qué una chica de apenas treinta años parecía arrastrar una losa tan pesada.

A veces, lo único que necesitamos es respirar hondo y dejar que el tiempo atraiga lo que tenga que suceder. Sin embargo, Anjana era demasiado impaciente, por eso intentaba encontrar una salida y poner nombre a sus emociones. Luchaba con uñas y dientes por borrar los sentimientos de pérdida, abandono y soledad que pugnaban por quebrantar sus creencias.

Su vida había sido una constante evolución de caídas y levantadas. Perdió a personas muy importantes para ella, había sufrido y resurgido tantas veces que ya no las contaba, y creía haberlo aceptado. Amó y lo dio todo y, sin embargo, eso no había sido suficiente, porque había vuelto a perder.

En ese momento, en el que su tren salía de Heuston Station, desde el oeste de la capital de Dublín, con destino a Galway, Anjana reflexionó sobre los últimos meses con intención de poner orden en los cimientos de su corazón. No

solo había perdido al que consideró el amor de su vida desde adolescente, sino que había tenido que lidiar con el paro, por culpa de la maldita crisis que asolaba España. La empresa para la que trabajaba como gestora había cerrado sus puertas dejándola temblorosa y sin saber qué hacer.

Otras personas se lo hubiesen tomado como una oportunidad para disfrutar del tiempo libre mientras encontraban un nuevo empleo, pero para ella resultó un golpe más, que se sumaba al resto y la llevaba a mirar por la ventana con nostalgia, maldiciendo al dios loco que lanzaba los dados de su partida de mala manera y sin soplarlos.

—¿Se puede ser más perdedora? —murmuró cuando el tren comenzaba a traquetear.

Respiró hondo, se acomodó en los asientos del vagón y dejó fluir sus pensamientos, a la par que se perdía en un paisaje maravilloso. Mientras tanto, en los auriculares de su *iPod Nano* verde, la voz aterciopelada de *Freddie Mercury* cantaba solo para ella.

El trayecto duró casi tres horas, a momentos entre lágrimas, con los recuerdos chispeando, una lluvia fina y molesta que acaba por calarte el alma. Los prados de color verde hacían que se sintiera en casa, como si no estuviese en Irlanda sino en su Cantabria natal. Sin embargo, sabía que a cada nuevo balanceo del tren, se separaba un poco más de su tierra, de su gente, de lo que había vivido durante todo ese tiempo.

Aunque se sentía tan perdida y sola que no sabía muy bien cuál era ese lugar al que llamaba hogar.

En la tormenta, la lluvia se intensificaba y los relámpagos la cegaban, se volvía demasiado pequeñita. Se sentía como una botella de vidrio, de esas que intentan flotar en el mar para llegar a alguna parte con un mensaje en su interior, quedando varada, revolcándose entre la espuma de las amenazantes olas, sin conseguir rozar la orilla. Y últimamente siempre era así.

Pensó en Mario, su ex novio. Quien la salvó en su día, la había protegido del dolor y hecho sentir que pertenecía a algún lugar; porque, al fin y al cabo, eso es lo que la mayoría de las personas necesitan: sentirse parte de un mundo, ser el mundo para alguien.

Le había conocido gracias a su amiga María y el novio de ésta, Raúl, una tarde de verano en la que los jóvenes habían quedado a la salida de la universidad para tomar unas cervezas. Desde entonces se convirtieron en inseparables y su amistad creció hasta derivar en algo más.

Su relación era muy distinta a la que tenían María y Raúl. Mario no era tan apasionado ni tan detallista como su amigo, pero Anjana había terminado por acostumbrarse a su carácter frío. Sin embargo, cuando todo parecía ir bien, cuando pensaba seriamente en proponerle formar una familia, llegó una atractiva secretaria llamada Noelia para trabajar en el bufete del padre del joven. Ella se coló en su despacho y él en su ropa interior.

Con Mario se fueron los planes de futuro, los sueños a medio construir y parte de sus fuerzas. Una vez más, volvió a estar en ese punto de partida en el que nada se ve con claridad. Lo único que sabía con certeza era que tenía

a su tía África, a María y a Raúl, porque desde la muerte de sus abuelos había sido siempre así: ella y sus dos amores incondicionales, más el joven de eterna sonrisa, enfrentándose a todas las tormentas que decidiesen ponérseles delante.

De eso hacía ya un año, 365 días en los que se había dedicado a no sentir, a seguir en pie limitándose a deambular, a leer libros maravillosos con finales felices, con la esperanza de que alguno de ellos se volatilizara y se colara entre las estrellas de su destino. Tiempo en el que decidió quitarse el sabor amargo de la boca probando la piel de varios hombres, sin entregar su corazón a ninguno, sin dar la oportunidad de que se acercaran demasiado a las barreras que había alzado para protegerse. Un año en el que había hecho de todo menos escribir esa historia que llevaba paralizada demasiado tiempo dentro de una vieja libreta.

Después de varias conversaciones y un buen tirón de orejas de María, estaba en ese vagón de tren, con la melancolía y los pensamientos ardiendo en la sangre. Buscaba el lugar exacto donde comenzar a escribir un nuevo capítulo de su libro vital, o quizá incluso, si todo salía bien esa vez, el primero de muchos en los que no le tocara perder, donde ser la ganadora.

Mientras las gotas de lluvia se deslizaban por el cristal de la ventana, deshaciéndose en pequeñas partículas infinitas, debido al choque fortuito, a la gravedad y a la velocidad del tren, recordó las palabras de su tía y sus consejos, que la instaban a ponerse las pilas y asirse con fuerza a las

cuerdas de su vida. Después recordó la última conversación que había tenido con María:

—Si te dijeran que el mundo va a estallar en pedazos dentro de pocos meses, ¿qué te gustaría hacer? —le preguntó su mejor amiga.

Anjana reflexionó y, antes de que pudiera contestar, María la sorprendió repreniéndola:

—Y no vale contestar que pasarlo conmigo y con tu tía, que te veo venir...

Anjana se deshizo en carcajadas. Definitivamente la conocía demasiado bien, tanto como para adivinar sus pensamientos antes de ser pronunciados.

—Viajar a Irlanda. Escribir esa novela que nunca empiezo y cuyas ideas llevan siglos apuntadas en la libreta. Vivir y sentir.

—Una semana —contestó su amiga.

Desconcertada por su respuesta, Anjana preguntó:

—¿Una semana?

—Te doy una semana para que busques vuelo, hotel o apartamento donde alojarte, y prepares el guion, fichas de personajes y todas esas cosas raras que hacen los escritores antes de ponerse a escribir.

—Eso es imposible, una semana es poco tiempo.

—Una semana y punto. Además, el guion seguro que ya lo tienes desde hace años, así que desempólvalo y al lío, que tengo ganas de perder de vista esa cara de amargada. Yo te hago la maleta, no te estreses.

Anjana alzó las cejas, sin poder creer lo que su amiga le decía.

—No me mires así, doña excusas. Tienes dinero más que suficiente para viajar a todo lujo. No tienes hipoteca que pagar, ni niños que atender, y tu tía y yo somos mayorcitas y nos valemos por nosotras mismas. Vas de luchadora y de guerrera, y te has relajado tanto que ya no te reconozco en esta aspirante a libertaria que tengo frente a mí.

—Ya, pero..., no puedo hacerlo sin más. Tengo que planificar el viaje, mirar a qué sitio de Irlanda quiero ir... ¿Aspirante a qué? ¡Estás loca!

—¡Nada! —sentenció María aireando su mano de forma condescendiente—. Tienes una guía de viaje en alguna parte de ese armario. Entrás en internet, buscas alojamiento y te marchas. Eres una mujer independiente y muy social. Hablas inglés perfectamente, algo bueno de tu relación con Mario teníamos que sacar, y ya has estado en Irlanda, ¿recuerdas? Algún lugar habrá que te guste más que otro.

Anjana sonrió. A su amiga nunca le había caído bien Mario, siempre vio al cántabro de padre británico como un lobo que se escondía tras la piel de un cordero, con aires de perfecto *gentleman*, pero de alma negra. No le daba buena espina y al final tuvo razón.

—Y a ver si conoces a un irlandés fortachón que te eche un buen polvo y te ponga los chacras en orden, porque están empezando a salirte canas y unas pequeñas arruguitas aquí... —dijo su amiga señalando su entrecejo.

Anjana se partió de la risa. Le tiró uno de los cojines que adornaban el sofá de su salón, y se abrazaron. No podía imaginar su vida sin ella y sus dardos envenenados. La alocada y alegre María, la joven de pelo castaño y ojos azules que siempre conseguía sacarle una sonrisa en los momentos más tristes.

—María, mi María... —suspiró Anjana en voz baja, llenando de vaho el cristal de la ventana del tren.

Los prados verdes y las granjas se desdibujaban al otro lado, dando lugar a amplias zonas de humedales donde la tierra cambiaba hacia el marrón oscuro, tan característico de la turba.

Las ovejas, cuyas lanas estaban pintadas de diferentes colores según a qué familia pertenecieran, pastaban sin importarles los ojos curiosos que las observaban.

Anjana quería ser feliz, y sabía que debía utilizar aquella aventura en Irlanda para ser alguien distinto, para empezar de nuevo en otro lugar y en otra ciudad; ser quien era cuando nació, antes de que todo se truncara. Lucharía por reencontrarse a sí misma, por volver a vislumbrar la luz de su esencia, por sonreír sin muecas. Se lo debía.

Es consciente de que la vida es demasiado corta, pues lo aprendió muy joven, con la temprana muerte de sus padres en un accidente de tráfico. Y por ello tenía claro que hay que vivir sin lastres, sin piedras en la mochila, aunque la tristeza pretendiese robarle el ánimo y las fuerzas en muchas ocasiones.

No podía permitirse olvidarlo, llevaba a medio vivir desde hacía mucho tiempo. Por ello aprovecharía ese viaje como si solo tuviera esos tres meses y después el mundo desapareciera.

Mientras la costa de Galway comenzaba a adivinarse tras el vidrio entelado, decidió que aquel viaje sería de resurgimiento y lo viviría con todos los sentidos a flor de piel. Debía ser fuerte. Lo de casa se quedaría en casa y abriría su corazón, atenta a lo que aquellas raíces celtas, no tan distintas de las suyas, tuvieran qué decirle. Intuía que en aquella isla le aguardaba algo, ya lo sintió en su viaje anterior, pero entonces su corazón estaba cerrado.

Mientras el salitre de la bahía y las aguas del Atlántico se mezclaban con la lluvia y la hierba mojada, penetrando en sus fosas nasales, a través de la rendija de la ventana abierta, no pudo evitar sonreír ilusionada.

Aquella sería la tercera vez que pisaba suelo irlandés.

La primera fue en un viaje con sus padres del que no recordaba nada, pues ella apenas era un bebé. Lo sabía por la cantidad de fotos y videos que sus padres dejaron, los que ahora se habían convertido en recuerdos imperecederos que le robaban tiempo a la muerte, a los que ella recurría cuando necesitaba sentir a sus progenitores más cerca.

La segunda fue con su ex, meses antes de que todo se fuera al traste. La ilusión con la que lo había preparado no sirvió para nada. Demasiadas discusiones que la habían

hecho sentir muy sola. Mario se había pasado la mitad del viaje hablando por teléfono por motivos de trabajo, que después resultaron no ser tan laborales.

Por eso la joven deseó con todas sus fuerzas, mientras se acariciaba el tatuaje del interior de su muñeca derecha, el mismo *trisque* grabado en la piel de su amiga María, que aquel viaje mereciese la pena, que fuese distinto. Lo necesitaba.

Pensó en sus seres queridos, los del cielo y los de la tierra, e imploró susurrando al viento:

—Por un viaje inolvidable.

Y hay quien escuchó su deseo ferviente y se lo concedió. Nosotros tintineamos nerviosos y empezamos a frotarnos las manos.

Cuando el tren disminuyó su marcha, anunciando la llegada a la ciudad de Galway, Anjana se preparó para salir. Cogió su maleta azul, y apagó y guardó su *iPod* en el bolso.

Tarareó las últimas palabras que habían sonado en los auriculares: «*I'll soon be turning round the corner now. Outside the dawn is breaking but inside in the dark, I'm aching to be free! The Show must go on!*», y cogió fuerzas.

Como su querido *Freddie* decía, pronto las cosas iban a mejorar porque amanecía ahí afuera. El show debe continuar.

Escuchando la naturaleza

Rory contemplaba por la ventana de su apartamento como el sol tímido de la mañana clareaba tras las nubes negras. Respiró nostálgico sin saber el motivo de su propia melancolía. Se avecinaban tormentas o al menos lluvia fina. Podía presentirlo. Siempre se le había dado bien lo de escuchar a la naturaleza.

No era un hombre de reflexionar mucho. Hacia demasiado tiempo que se había prometido a sí mismo no dar vueltas a sus sentimientos, por eso de no esparcir la mierda. Si miraba hacia atrás y recordaba el pasado, seguro que de su boca no saldría ninguna lindeza. Sabía lo que era sentirse traicionado y perdido, por eso prefería no darle más vueltas.

Respiró hondo y escuchó el silencio, sentado sobre la cama mientras sus pies se iban acostumbrando al frío del suelo. Llevaba semanas demasiado raro. A momentos se sentía atado a su rutina y se sorprendía viéndose a sí mismo como un viejo barco que, amarrado en el puerto, apenas se mueve con el vaivén de las olas, porque está acostumbrado a las tempestades.

Nunca le había importado la carencia de sobresaltos en su día a día, pero llevaba varias semanas en las que, esa falta de algo que no sabía qué era exactamente, le estaba contagiando una pereza insoportable. Quizá era que los rayos de sol comenzaban a palidecer. Quizá era que su pro-